

3991 PASTOR ERIC URRUELA
NO TOMAR LA CENA DEL SEÑOR
INDIGNAMENTE, SERVICIO ESPECIAL DE SANTA
CENA

DOMINGO 13 DE SEPTIEMBRE, 2026



IGLESIA DEL EVANGELIO DE CRISTO

Vida Cristiana

GUATEMALA

Oficina: 15 Calle 3-37 Zona 10, Guatemala, Guatemala Tels.: 2363-6231 y 2337-4206

Templo: 15 Calle 3-48 Zona 10

www.vidacristiana.org.gt/info@vidacristiana.org.gt

DOMINGO 13 DE SEPTIEMBRE, 2026
NO TOMAR LA CENA DEL SEÑOR INDIGNAMENTE, SERVICIO ESPECIAL DE
SANTA CENA
PASTOR ERIC URRUELA

El día de hoy, hermanos, tenemos un servicio especial de Santa Cena. Vamos a recordar, como dice la Palabra del Señor: cada vez que tomamos la Cena del Señor es para recordar al Señor Jesús. También dice que anunciamos su muerte, y así como anunciamos su muerte, anunciamos su resurrección y también anunciamos su pronta venida.

Hermanos, en la Biblia se menciona que la Cena del Señor no la debemos de tomar de manera indigna; y en la mañana de hoy, con la ayuda del Señor, yo les quiero explicar cómo sí vamos a poder tomar nosotros la Cena del Señor de manera digna. Vamos a estudiar qué significa eso de manera indigna, porque luego al final Pablo termina diciendo: «Por causa de tomar la Cena del Señor de manera indigna es que muchos duermen», dice. Como el pastor Carlos nos ha estado predicando acerca de la primera carta de Pedro, ¿lo recuerdan? Ya tiene bastante tiempo; empezó explicándonos que somos el especial tesoro del Señor.

Entonces, la mañana de hoy yo quiero retomar el texto que el pastor nos ha estado explicando. Les voy a pedir que por favor vayamos a 1 Pedro 1:13-19 y vamos a retomar algo de lo que el pastor nos está enseñando para luego edificar y que podamos prepararnos para tomar la Cena del Señor. Si estamos ahí me dicen «amén», por favor. Amén. Es 1 Pedro 1:13-19. La Palabra de Dios dice:

«Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado; como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo. Y si invocáis por Padre a aquel que sin acepción de personas juzga según la obra de cada uno, conducíos en temor todo el tiempo de vuestra peregrinación; sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación».

El primer aspecto de la enseñanza del día de hoy, hermanos, es que vamos a hablar de la Cena del Señor para que nuestros corazones estén preparados al momento de tomar los elementos. Ven que en el versículo diecinueve dice que el Señor no nos rescató con cosas corruptibles, con cosas terrenales, con cosas materiales; dice que nos rescató con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación. Así es que en la Cena del Señor el elemento principal es la sangre del Señor y también su cuerpo.

Si nos adelantamos unos versículos ahí mismo, en 1 Pedro 1:22, vamos a ver el segundo aspecto que vamos a tocar en la enseñanza de hoy. Dice en 1 Pedro 1:22: «Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu...» —notan que

está con mayúscula, así es que es el Espíritu Santo— «...para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro».

En la primera parte que acabamos de leer habla de la sangre del Señor Jesucristo, habla de su sacrificio, habla del amor que debemos tenerle al Señor. Pero en esta segunda parte, si lo notan bien, ¿a quién debemos dirigir el amor, según lo que acabamos de leer? ¿Perdón? Al prójimo, sí, al prójimo; gracias, al prójimo. Y dice: «Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad mediante el Espíritu...» Nótenlo bien, que dice: «...para el amor fraternal». Ese es el amor que debemos tenernos todos nosotros: el amor fraternal. Y dice: «...no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro».

Eso quiere decir que nosotros podríamos tener muestras de cariño, podríamos tener muestras de amor; pero si aquí dice que el amor debe ser no fingido, ¿quiere decir que sí existe el amor fingido o no? Y aquí nos está exhortando a que seamos honestos, que seamos sinceros; que si vamos a dar un abrazo, que sea un abrazo que estamos sintiendo de corazón, no por compromiso, porque dice: «para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro».

¿Saben ustedes que normalmente se dice que los sentimientos más profundos están en las entrañas? Por eso dice aquí: «Amaos unos a otros entrañablemente». O sea, deberíamos de amarnos con todas las entrañas que nosotros tenemos, porque ahí es donde están los sentimientos más profundos. Vamos a ver más adelante en Primera de Corintios, donde se habla acerca del amor. Yo aprendí hace muchos años, hermanos, que el amor son obras; pero vamos a ver que además de las obras tenemos que añadirle otro ingrediente, no solo tener obras, porque podríamos tener obras sin estar involucrando los sentimientos. Y el Señor espera que nosotros seamos genuinos, porque aquí dice: «amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro». O sea que sí debemos tener buenas obras, pero además de las buenas obras tenemos que añadirle algo más.

Como dijimos que el primer aspecto es la sangre del Señor Jesucristo, su sacrificio, y el segundo aspecto es el amor al prójimo, vamos a ver que en la institución de la Cena del Señor se abarcan precisamente los dos aspectos. Quiero que vayamos a 1 Corintios 11:23-26 y ahí vamos a ver cómo fue que se instituyó la Cena del Señor y vamos a analizar si los corintios estaban tomando la cena de la manera apropiada o de la manera inapropiada. Aunque yo estoy seguro que ustedes ya saben que ellos estaban tomando la cena de manera inapropiada. Y esa es la exhortación que Pablo le hace a la iglesia de Corinto y el Señor nos hace a nosotros el día de hoy: que no tomemos la Cena del Señor de manera indigna.

En 1 Corintios 11:23-26 dice: «Porque yo recibí del Señor lo que también os he enseñado: Que el Señor Jesús, la noche que fue entregado, tomó pan; y habiendo dado gracias, lo partió, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de mí». Hermanos, esto lo está diciendo el apóstol Pablo. Noten que la primera parte dice: «Porque yo recibí del Señor». La mayoría de los estudiosos y los teólogos dicen que esto lo recibió directamente Pablo de labios del Señor Jesucristo. Aunque Pablo no vivió en los

tiempos del Señor Jesús con Él, ¿lo recuerdan? Pero sí saben que Pablo se tomó un buen tiempo cuando recibió al Señor; se tomó un buen tiempo para ir a orar, para conocer, para estudiar las Escrituras con una perspectiva diferente, porque él como fariseo se conocía la Escritura, pero solo la letra sin el Espíritu Santo no trae vida. Así es que él se tomó un tiempo para ir a orar, y todos los teólogos dicen que cuando Pablo dice «porque yo recibí del Señor» es porque directamente Dios le habló acerca del principio de la Cena del Señor. Así es que aquí vemos la primera parte en el versículo veintitrés.

Continuemos en el veinticuatro y dice: «y habiendo dado gracias, lo partió, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de mí». El Señor está pidiendo, hermanos, que cada vez que tomamos la Cena del Señor nos recordemos de Él. Por naturaleza, hermanos, nuestra mente carnal es olvidadiza y nos olvidamos de los beneficios del Señor. Generalmente lo que recordamos es lo que nos hace falta, de las tragedias que hemos tenido; pero por lo regular nunca recordamos el bien de Dios. ¿Recuerdan que hay un salmo donde David dice: «Bendice, alma mía, a Jehová», y qué dice?: «Y no olvides, no olvides ninguno de sus beneficios». Hermanos, eso deberíamos practicarlo nosotros en el tiempo de nuestra oración matutina, en la gratitud, recordando al Señor todas sus bondades para que podamos ser agradecidos por naturaleza.

Hermanos, nuestros ojos carnales se posan en lo que nos hace falta y casi nunca recordamos todo el bien que hemos tenido de parte del Señor. Solo recordemos cómo era nuestra vida antes de conocer al Señor Jesús. Yo recuerdo la mía: una vida vacía, sin sentido, sin propósito, ni sabía para dónde iba, hermanos. Ahora yo sé que hay una morada que me está esperando, y a ustedes también los está esperando una morada eterna. Hermanos, Dios no solo nos salvó, sino que nos dio un buen propósito, un propósito eterno. Pues aquí lo que está diciendo es que nosotros debemos recordar y dice: «Haced esto en memoria de mí». Fíjense que más adelante vamos a recordar lo que Él hizo; pero en esta parte no dice: «Recuerden lo que yo hice», no: «Recuérdeme a mí, recuerden mi amor». Al Señor es a quien nosotros tenemos que recordar.

Y dice al principio: «Esto es mi cuerpo». Yo sé que hay iglesias, hermanos, que creen que literalmente, cuando están tomando el pan, es el cuerpo del Señor Jesucristo; y cuando están tomando el vino, es exactamente la sangre del Señor Jesús. Ese concepto se llama —espero poderse decir bien— transustanciación. Me costó; traté de aprendérmela en latín, pero ya se me olvidó, si en español no se las podía decir. Hermanos, no es que el pan se convierta en este momento exactamente en el cuerpo de Cristo. Eso fue una de las ideas que... gracias a Dios por la vida del hermano Martín Lutero, pero él no era perfecto, hermanos, y él todavía traía su trasfondo religioso. Entonces él, cuando ministraba la Cena del Señor, literalmente decía: «Este es el cuerpo de Cristo», y él lo justificaba diciendo: «Si Jesús dijo: Este es mi cuerpo, este es mi cuerpo, porque Él no podía mentir».

Pero hermanos, en la Biblia nosotros leemos en Hebreos que el Señor Jesús murió una sola vez y para siempre; o sea, no murió muchas veces. Entonces, cuando estamos tomando el pan, no es que estemos tomando literalmente su cuerpo. Hay un pasaje en la Biblia para que

lo podamos comprender, y yo creo que esto les puede ayudar a ustedes para estar claros con relación a este concepto. Hay un pasaje, hermanos, en el Antiguo Testamento cuando David está huyendo con sus soldados y a Belén lo tienen sitiado los filisteos. No sé si recuerdan que él estaba en una cueva cuando dice: «¡Ay, qué ganas tengo de tomarme un poquito de agua del pozo de Belén!». No sé si lo recuerdan. ¿Recuerdan qué sucedió después de que él suspiró deseando un poquito del agua de Belén? Tres de sus soldados valientes salieron corriendo. Hermanos, ¡Dios nos dé a nosotros esa misma clase de espíritu!: que el Señor nos indique algo y nosotros corremos a cumplirlo con el riesgo de nuestra vida. Porque estaba sitiada Belén por los filisteos, y tres de los soldados de David salen corriendo y le van a traer agua y se la llevan a David. La pregunta que les tengo es, si lo han leído: ¿David se la tomó o no se la tomó? No se la tomó. ¿Qué dijo? ¿Qué dijo David? Literalmente, hermanos, David dijo: «Yo no me puedo tomar la sangre de estos hombres». Les pregunto: ¿el agua se convirtió en la sangre?, ¿transustanciación? No; lo que estaba diciendo David es: «Esta agua representa el sacrificio que hicieron mis soldados». Entonces David lo que hizo fue que tomó el agua y se la ofreció al Señor. Pero ¿se dan cuenta que ahí también hay un pasaje que nos ayuda a entender que no es que literalmente el jugo de uva se convierte en su sangre? De hecho, hermanos, si se convirtiera en su sangre, hay una contradicción con la Biblia, porque en la Biblia se nos prohíbe tomar la sangre. ¿Lo han leído? Y dice que no debemos tomar la sangre. Entonces, ¿cómo es que en este momentito sí se convirtió en sangre? Eso fue un paréntesis nada más.

Si seguimos leyendo en el versículo veinticinco, por favor, dice en el veinticinco: «Asimismo tomó también la copa, después de haber cenado, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; haced esto todas las veces que la bebiereis, en memoria de mí». Segunda vez que dice: «en memoria de mí». Pero quiero que noten en este versículo que dice: «Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre». ¿Saben, hermanos, que el Nuevo Testamento no empezó en Mateo 1:1 con el anuncio de Juan el Bautista? El Nuevo Testamento empezó precisamente aquí. El Nuevo Testamento significa nuevo pacto, y aquí el Señor está diciendo: «Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre». El Nuevo Testamento inició con la muerte y la resurrección del Señor Jesucristo; ahí empezó el nuevo pacto para nosotros.

Versículo veintiséis dice: «Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga». Cuando nosotros tomamos la Cena del Señor estamos recordando al Señor Jesús, pero también estamos recordando su muerte, su resurrección y su pronta venida. Hermanos, si Él dijo que iba a morir y que iba a resucitar y que iba a venir; si ya se cumplió lo primero, que murió; se cumplió lo segundo, que resucitó, ¿qué nos hace dudar que no se va a cumplir lo tercero, que es que pronto vendrá? El Señor pronto vendrá. Ya se cumplió lo primero, lo segundo; ¿no se va a cumplir lo tercero? Se va a cumplir lo tercero.

Entonces, cuando tomamos la Cena del Señor estamos recordando al Señor Jesús y aquí estamos recordando lo que hizo: Él ocupó nuestro lugar en la cruz del Calvario, descendió al infierno por tres días y tres noches, resucitó, está sentado a la diestra del Padre, hoy vive en nuestro corazón y el Señor prometió que iba a volver por nosotros.

Entonces, hasta ahí está instituida la Cena del Señor. ¿Cuál era el problema de la iglesia de Corinto? ¿Cuál era el problema de los corintios? Vayamos un poquito más; continuemos ahí donde estamos: 1 Corintios 11:27-34. Ahí menciona Pablo cuál era el problema que tenía esta iglesia. Hoy yo deseo en mi corazón mencionárselos para que nosotros no caigamos en el error que cometió la iglesia de Corinto, para que nosotros hoy podamos tomar la Cena del Señor de una manera digna. No se los voy a mencionar para que no tomemos la cena, no; es para que nos corriamos si es que nosotros estamos haciendo mal y entonces podamos tomar la Cena del Señor de una manera digna.

Dice en 1 Corintios 11:27: «De manera que cualquiera que comiere este pan o bebiere esta copa del Señor indignamente, será culpado del cuerpo y de la sangre del Señor». ¿Notaron bien esta parte, hermanos, que dice: «De manera que cualquiera que comiere este pan o bebiere esta copa del Señor...»? ¿Cómo dice? «...indignamente». Generalmente cuando leemos este pasaje, o cuando nos lo explican, nosotros entendemos que nosotros somos los indignos. Ahora les quiero preguntar: ¿hay alguna de las personas aquí presentes que sea digna de tomar la Cena del Señor? No, hermanos; si fuera por dignidad propia, dignidad nuestra, ninguno podría tomar la Cena del Señor.

Entonces, ¿a qué se está refiriendo Pablo? Porque si aquí dice que no debemos tomar la Cena del Señor de manera indigna y nosotros pensamos: «Pues yo soy un indigno»... Sí, hermanos, todos somos indignos. Es que Pablo no se está refiriendo al carácter de la persona: se está refiriendo a la forma como la está tomando. Todos somos indignos y el Señor Jesús nos ha hecho dignos por su sangre; somos dignos por la sangre del Señor Jesucristo. Pero siendo dignos, siendo una iglesia, sí podemos tomar la Cena del Señor de manera indigna. Por eso quiero que noten ustedes ahí en la primera expresión del versículo veintisiete, dice: «De...» ¿Qué dice? «De manera». Hermanos, lo que Pablo está corrigiendo es la manera; no está corrigiendo a la persona, está corrigiendo la manera como los corintios estaban tomando la Cena del Señor. De nuevo dice: «De manera que cualquiera que comiere este pan o bebiere esta copa del Señor indignamente...»

¿Saben que la palabra en griego «indignamente» es como en español? ¿Qué significa «indignamente»? Ahí hay una palabra compuesta por dos palabras: «indigna» y «mente». ¿Qué es «-mente» en «indignamente»? «-mente» es forma. ¿Ven que no está hablando de la persona? Está hablando de la forma: indignamente. No dice: «De manera que cualquiera que sea indigno al tomar la copa...» No, no dice: «que sea indigno», ¿no? La forma es la indigna. ¿Por qué les hago énfasis? Porque vamos a estudiar la forma más adelante; aquí mismo en Primera de Corintios dice cuál es la forma indigna de tomar la Cena del Señor. Y si la tomamos de manera indigna, entonces muchos duermen. Dice de nuevo aquí: «De manera que cualquiera que comiere este pan o bebiere esta copa del Señor indignamente, será culpado del cuerpo y de la sangre del Señor».

Quiero que vayamos ahí mismo en el veintiocho, dice: «Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan, y beba de la copa». Cuando dice «pruébese», significa: examínese. O sea, no nos vamos a examinar solamente en cuanto a nuestros pecados, que seguro hemos

pecado y hoy podemos y debemos arrepentirnos; pero también debemos examinarnos si estamos tomando la Cena del Señor de manera digna o de manera indigna. Ahí es donde dice «pruébese»: es analícese, examínese, medite en sus caminos, medite cómo está tomando la Cena del Señor.

Otra cosa importante, hermanos, es que dice en el veintinueve: «Porque el que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, juicio come y bebe para sí». Hay dos cosas en este versículo que les quiero mencionar: que dice «sin discernir» y dice «el cuerpo del Señor». ¿Saben qué es «sin discernir», hermanos? Que no tomemos la Cena del Señor ahí por costumbre. Por eso ustedes saben que aquí en la iglesia no tomamos la Cena del Señor de manera frecuente o periódicamente, para que no perdamos el respeto o no perdamos la reverencia por la Cena del Señor. Por eso es que no siempre hay una fecha establecida para tomarla, porque el Señor espera que nosotros, cuando tomamos la cena, no la tomemos por costumbre, que no perdamos el respeto al momento de tomar la Cena del Señor. Eso es lo que significa «sin discernir»: que pensemos que es como cualquier acto que hacemos aquí en la iglesia. No, no es cualquier acto.

Y por cierto, tengo que decirles: la Cena del Señor como nosotros la tomamos ahora no era como la tomaban los corintios. No sé si usted sabía cómo la tomaban ellos. Ellos no la tomaban como nosotros; nosotros tomamos un poquito de pan y una copita con jugo de uva. No, ellos la tomaban con comida normal; ellos llevaban sus comidas, ellos llevaban sus viandas a una casa y ahí tomaban la Cena del Señor. En breve se los voy a enseñar aquí mismo en Primera de Corintios. Pero la Cena del Señor como la tomamos ahora no era como la tomaban en esta iglesia; ya todas las iglesias de la Edad Moderna pues la tomamos de esta manera, porque hermanos, ¿a qué hora traemos todos comida aquí? ¿Se imaginan cuatrocientas cincuenta personas comiendo, hermanos? Esto no podríamos... no podríamos hacerlo de la manera correcta; tal vez lo haríamos de una manera más indigna todavía.

Pero bueno, aquí dice que no debemos hacerlo sin discernir. Y dice: «el cuerpo». ¿Qué es lo que tenemos que discernir cuando estamos tomando la Cena del Señor? Se lo leo de nuevo y ustedes me ayudan: «Porque el que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, juicio come y bebe para sí». Generalmente pensamos que cuando tenemos que discernir el cuerpo, pensamos en el pan, ¿verdad? Porque como el pan representa el cuerpo y el jugo de uva representa la sangre, entonces, cuando dice aquí que debemos discernir el cuerpo, nosotros generalmente lo que estamos pensando, hermanos, es en el pan. Pero fíjense que no se refiere al pan; se refiere... cuando habla del cuerpo, está hablando del cuerpo de Cristo, hermanos. Ahí mismo en Primera de Corintios Pablo dice que la cabeza de la iglesia ¿quién es? Es Jesucristo. ¿Y quién es el cuerpo? La iglesia es el cuerpo.

Entonces, cuando dice aquí que no discernimos el cuerpo, es: no estamos pensando en el compañerismo, en la fraternidad; estamos pensando tal vez solamente en el Señor Jesús. Pero al momento de tomar la Cena del Señor no debemos pensar solo en el Señor Jesús: debemos pensar también en todos los hermanos, en el cuerpo de Cristo. Tengo pasajes bíblicos; por ejemplo, si quieren no lo busquen, escúchenme. 1 Corintios 12:27, ¿qué dice?:

«Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular». En 1 Corintios 10:17 dice: «Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo». ¿Ven que el pan está relacionado con el cuerpo? Entonces, cuando dice que no discernimos el pan, es que ¿no estamos razonando o no estamos considerando a toda la congregación? Estamos pensando solamente en el Señor Jesús. Hermanos, ¿cómo se resume la ley y los profetas?: «Amarás al Señor tu Dios y a tu prójimo», y dice que no hay mandamiento mayor que este. Entonces, en la Cena del Señor sí debemos tener nosotros nuestra mente y nuestro corazón pensando en el Señor, pero también pensando en la congregación, en el prójimo.

Continuemos en el versículo treinta: «Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermen». ¿Alguien sabe en qué momento se utiliza la palabra «duermen» en la Biblia? Cuando alguien está muerto. ¿Pero todas las personas, impíos y cristianos, o solo para algún tipo? Ya les dije: no, «dormir» no lo utiliza para los impíos, solo para los cristianos. Si ustedes leen la Biblia, cada vez que utilizan el término «dormir» es solamente para los cristianos, porque los cristianos son los únicos que estamos... Cuando alguien muere, está durmiendo, porque un día vendrá el Señor Jesús y lo va a resucitar.

¿Alguien sabe lo que significa la palabra cementerio? ¿Saben que es una palabra cristiana griega? ¿Saben qué significa la palabra cementerio?: dormitorio. Porque cuando vamos al cementerio, es literal: es un dormitorio para los cristianos, porque un día nos vamos a levantar. Entonces aquí, cuando dice: «Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermen», está hablándole al pueblo del Señor, que se puede morir de acuerdo a lo que dice aquí si tomamos la Cena del Señor de manera indigna.

Versículo treinta y uno: «Si, pues, nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados». Versículo treinta y dos: «Mas siendo juzgados, somos castigados por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo». Hay dos palabras que les quiero explicar: la palabra «juzgados» y «condenados». La palabra «juzgados» en griego se dice *krinō*, que significa disciplina del Señor sobre su iglesia. Pero la palabra «condenados» se dice *katakrinō*, que significa condenación eterna. Vean que el Señor a nosotros nos corrige para que no caigamos en la condenación eterna; para eso es que el Señor nos corrige. De nuevo dice: «Mas siendo juzgados, somos castigados por el Señor, para que no seamos condenados con el mundo». El Señor, cada vez que nos corrige, es para que nosotros no seamos condenados con el mundo, para que no caigamos en una condenación eterna.

Treinta y tres: «Así que, hermanos míos, cuando os reunís a comer...» —o sea, lo que vamos a hacer el día de hoy— «...cuando os reunís a comer, esperaos unos a otros». Pero ustedes dicen: «Pero si todos nos esperamos, porque hasta que el pastor levanta la copa, todos levantamos la copa; hasta que levanta el pan, todos levantamos el pan. ¿En qué no nos estamos esperando? Tal vez en Corinto no se esperaban, pero aquí sí nos esperamos». La palabra «esperaos» significa —miren qué hermoso—: recibir con amor. O sea que nosotros nos tenemos que esperar unos a otros, nos tenemos que recibir con amor. ¿Ven que en la Cena del Señor la persona importante es el Señor Jesús, pero también nuestro prójimo, a quien debemos esperar con amor?

Ahí mismo les voy a explicar los abusos en la Cena del Señor, así es que nos vamos a regresar unos versículos. Subamos a 1 Corintios 11:17-22. Aquí estaba la falla que cometía la iglesia de Corinto, y eso es lo que el Señor nos está exhortando el día de hoy: que nosotros no cometamos ese error.

«Pero al anunciaros esto que sigue...» No sé si han leído el capítulo: antes de 1 Corintios 11:17 Pablo los alaba y ahí habla del atavío de las mujeres —por cierto que no solo debería ser el atavío de las mujeres, eso Casiodoro de Reina puso ahí «el atavío de las mujeres», está hablando del atavío de las mujeres y el atavío de los hombres también—, pero después de que los alaba, miren lo que dice: «Pero al anunciaros esto que sigue, no os alabo; porque no os congregáis para lo mejor, sino para lo peor». Y está hablando de la Cena del Señor. O sea, a la iglesia de Corinto dice: «No se están reuniendo para hacer una buena celebración, sino para hacer una mala celebración». Esa es la exhortación del día de hoy para nosotros, para todos, hermanos: que tomemos la Cena del Señor de manera digna.

Aquí dice en el dieciocho: «Pues en primer lugar, cuando os reunís como iglesia...» Vean que no es cuando se reúnen para un cumpleaños o para una celebración personal; no: «cuando os reunís como iglesia». «Pues en primer lugar, cuando os reunís como iglesia, oigo que hay entre vosotros...» ¿Mucho amor? ¡No! ¿Cómo dice?: «...divisiones». Entonces, ¿cuál es el problema de tomar la Cena del Señor indignamente?: tener divisiones. Ayúdenme ustedes a predicar: ¿qué es una división? Es una separación. O sea, ¿grupitos o no? Grupitos. No, porque somos parte de un cuerpo; sí, somos un solo cuerpo, no deberían de haber grupitos, no deberían de haber divisiones. Pablo los está regañando, por eso les dijo: «Yo no los alabo por esto; ustedes no se reúnen para lo mejor, se reúnen para lo peor». Vayamos analizando: si nosotros tenemos divisiones, hermanos, entonces vamos a tomar la Cena del Señor indignamente. ¿Me lo inventé yo o lo dice la Biblia? Por favor, díganmelo: aquí lo dice la Biblia.

Sigamos entonces, versículo diecinueve: «Porque es preciso que entre vosotros haya disensiones, para que se hagan manifestos entre vosotros los que son aprobados». Miren qué lindo que, como la Biblia dice que todo ayuda para bien, qué bueno que hay divisiones, dice, porque ahí se nota quién está del lado del Señor y quién no. ¿Se dan cuenta? Miren qué lindo, pero no significa que Dios apruebe las divisiones porque son necesarias; no, no significa que las esté aprobando. Aquí las están reprendiendo; pero como Dios es bueno y todo ayuda para bien, dice: qué bueno que hay divisiones, dice Pablo, porque ahí se nota quién es de Cristo y quién no. Miren qué cosa, porque en el momento en que el Señor Jesús está ministrando la Cena del Señor, ¿dónde andaba Judas?: negociando al Señor Jesús con los enemigos del Señor. El mismo Señor Jesucristo se dan cuenta de que está celebrando la cena y hay alguien que tiene una división. Bueno, eso es para que nosotros empecemos a meditarlo.

Versículo veinte: «Cuando, pues, os reunís vosotros, esto no es comer la cena del Señor». Ven que sigue reprendiendo; Pablo dice: comer la cena con divisiones, no, esto no es comer la Cena del Señor. La Cena del Señor, hermanos, la debemos comer en hermandad, en unidad,

en consideración, en compartir, en el amor fraternal, en la aceptación. Hermanos, definitivamente no vamos a pensar igual, no tenemos los mismos propósitos ni tenemos los mismos objetivos, pero debemos tener el mismo amor y el mismo respeto: es lo que nos está pidiendo el Señor.

Versículo veintiuno: «Porque al comer...» Miren cómo lo comía la iglesia de Corinto: «Porque al comer, cada uno se adelanta a tomar su propia cena; y uno tiene hambre, y otro se embriaga». ¿Saben qué significa la palabra «adelantarse»? La palabra «adelantarse» significa anticiparse con egoísmo, significa no considerar al prójimo. Eso significa: anticiparse con egoísmo, no considerar al prójimo. O sea, no nos adelantamos cuando tomamos la Cena del Señor. Y ven que al final dice: «Y uno tiene hambre, y otro se embriaga». Si dice que uno tiene hambre, quiere decir que era alguien de condición social humilde que no pudo comprar para la cena, porque no pudo comer. Entonces, ¿qué está esperando Pablo que haga la iglesia de Corinto?: que comparta. O sea, si alguien no tiene, entonces compartamos, porque por eso somos un solo cuerpo; pero si no compartimos... Pero hermanos, ¿aquí qué vamos a compartir si a todos en breve nos van a dar la pieza de pan y la copita de jugo? Entonces, ¿qué debemos compartir?, les pregunto: el amor, hermanos, el amor es lo que nosotros tenemos que compartir. La Biblia claramente dice: «No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros». Hermanos, aquí ya no podemos compartir comida; comida ya no, todos vamos a tener nuestra comida y nuestra bebida: está hablando de compartirnos nosotros mismos, nos tenemos que dar a los demás.

Ven aquí, versículo veintidós: «Pues qué, ¿no tenéis casas en que comáis y bebáis? ¿O menospreciáis la iglesia de Dios, y avergonzáis a los que no tienen nada? ¿Qué os diré? ¿Os alabaré? En esto no os alabo». Le voy a pedir a los servidores que se preparen y en breve vamos a tomar la Cena del Señor. Pero de nuevo, en el versículo veintidós dice: «Pues qué, ¿no tenéis casas en que comáis y bebáis? ¿O menospreciáis la iglesia de Dios, y avergonzáis a los que no tienen nada?». ¿Se dan cuenta de que sí habían divisiones? ¿Cuál era la división?: los que sí tienen y los que no tienen. Y los que tienen no esperan a los que no tienen, no les comparten, no les dan; entonces algunos se quedan con hambre. Los primeros que llegaron definitivamente tal vez era la gente que tenía las posibilidades económicas, porque sus trabajos o sus empresas les permitían llegar temprano; y tal vez los últimos que llegaron eran los que no tenían mejores condiciones económicas, que les tocó salir tarde del trabajo y llegaron y ya no tenían nada que comer.

Hermanos, tomar la Cena del Señor de manera digna es que nosotros no tengamos divisiones; empezando porque no tengamos divisiones en el corazón. ¿Saben qué es no discernir el cuerpo? Por ejemplo, hermanos: que nosotros ignoremos a las personas con las que tenemos algún rencor. O sea, yo esperarí, hermanos, que aquí todos nos amáramos; pero, ¿como la iglesia de Corinto, no? Yo estoy seguro de que nosotros tenemos algún malestar con alguien. Pues, ¿sabe qué?: hoy es el día para que nosotros nos pongamos a cuentas primeramente con el Señor. Hermanos, no discernir el cuerpo, el pan, el cuerpo de Cristo, es que si nosotros tenemos algún rencor ni siquiera podamos dirigir el saludo; o sea, esas cosas no deberían de suceder. Yo siempre pienso, hermanos: si la iglesia es el cuerpo de

Cristo y Jesús es amor, el cuerpo debería de ser todo amor. Por eso, ¿se acuerdan de que la otra vez les dije?: miren, nuestra iglesia debería ser —no solo esta, sino todas las iglesias— deberían de ser los lugares más amorosos del mundo, ¿o no? Porque si Jesús es amor y Él es nuestra cabeza... y hoy precisamente la Palabra hablaba del gobierno; bueno, gobierno es obedecer a Jesús. Yo por eso les estoy enseñando pura Biblia; estoy procurando no añadirle nada, Dios me libre si le añado, pero estamos leyendo lo que dice la Biblia.

Hermanos, vamos a tomar la Cena del Señor, pero quiero que la tomemos de manera digna. Si hasta el día de hoy no habíamos reparado en esto, hoy reflexionemos contra quién tenemos algún rencor, y este es el momento de perdonar. Yo no les voy a pedir que se levanten de sus lugares y vayan a buscar a la persona; no les voy a pedir eso porque es muy evidente, ¿verdad que no? Pero sí lo puede hacer en su casa en oración, y si el Señor le confirma que vaya y se arregle con la persona, pues hágale caso. Pero le voy a dar un consejo, un paréntesis: por la misma ofrenda, hermano, va un regalo para usted. Cuando vaya a pedir perdón, no aproveche para decirle todas las cosas que tiene en su corazón; esas cosas uno las ha visto hasta el cansancio, ¿verdad?: «Mira, te quiero pedir perdón porque tú hiciste esto, y por eso te pido perdón». No; usted vaya y ore. El tiempo de hoy sí vamos a tomar un tiempo para nosotros orar.

¿Saben qué otra cosa es no discernir el cuerpo del Señor? Hermanos, es cuando tenemos rencor contra alguien y no queremos perdonar. Eso es. Miren, hermanos, en el Padrenuestro dice: «Y perdónanos nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a nuestros ofensores». Hermanos, tenemos que perdonar si queremos que el Señor nos perdone. Ahora, si usted no quiere que lo perdone el Señor de sus ofensas, quédese con su enojo, quédese con su rencor, que le vaya bien; pero si nosotros queremos que el Señor nos perdone, debemos perdonar, hermanos. Yo sé que es difícil; yo también soy un ser humano carnal como ustedes y me cuesta, pero ¿sabe qué pienso yo?: ¿y no hemos ofendido nosotros? ¿Quién de aquí nunca ha ofendido? Levánteme la mano; yo necesito verlo, que venga acá y salimos en la toma del video. Hermanos, todos hemos ofendido; de una u otra forma, todos hemos ofendido. Entonces, hermanos, ¿por qué nosotros no vamos a perdonar?

La otra cosa, hermanos: ¿saben qué es no discernir el cuerpo?: cuando nos escondemos del hermano necesitado. A veces sabemos que hay alguien que tiene necesidad y nos escondemos para no ayudarlo, y nos estamos rehusando; eso es no discernir el cuerpo del Señor.

Así es que, ¿recuerdan que en 1 Pedro hablaba del amor no fingido? Sí. Bueno, entonces quiero por favor que me acompañen —vamos a esperar a los niños de la Escuela Bíblica—; quiero que vayamos a 1 Corintios 13:1-3. 1 Corintios 13:1-3. Si están ahí, me dicen «amén», por favor. Dice en el uno:

«Si yo hablase lenguas humanas y angélicas...» Miren qué hermoso, hermanos: si nosotros todos habláramos lenguas angelicales «...y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe». Aquí es donde les tengo que aclarar: yo antes había

aprendido que el amor eran obras; y sí, son obras, pero a las obras, ¿qué le tengo que acompañar de acuerdo a esto?: el amor. Es que aquí dice: «Si yo hablase lenguas humanas y angélicas...», esas son obras, «...y no tengo amor», dice. Sí, hermanos, podemos tener obras, pero si nosotros no tenemos el amor de Cristo, eso de nada sirve.

Versículo dos: «Y si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy». ¿Se dan cuenta de que podemos tener dones espirituales y nos confundimos pensando que porque fluimos en los dones estamos en la Nueva Jerusalén? No, todavía no; los dones están en el atrio, por si no lo sabían.

Dice en el versículo tres: «Y si repartiese todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve». Hermanos, sí tengamos buenas obras, sí demos un buen saludo, un buen abrazo con cariño, pero tenemos que agregarle el amor.

Quiero que me acompañen a Marcos 12:31. Marcos 12:31. Yo sé que todos los que estamos aquí queremos ser la esposa del Cordero; sé que todos los que estamos aquí, hermanos, queremos ser parte de los ciento cuarenta y cuatro mil, sí. Entonces, hermanos, ¿qué dice en Marcos 12:31?: «Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay otro mandamiento mayor que estos». ¿Y cuál era el primer mandamiento?: «Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas», y a tu prójimo como a ti mismo. Hermanos, si logramos amar al Señor de la manera como nos pide, vamos a ser la esposa del Cordero; pero para ser parte de los ciento cuarenta y cuatro mil, todavía nos tenemos que esforzar un poquito más, y es amar al prójimo. O sea, sí hay una recompensa por amar al prójimo. Hermanos, no debería costarnos amar a Jesús; no debería costarnos, pero por nuestra carne nos cuesta. Pero amar al prójimo, con todo respeto, sí es difícil, hermanos. Yo sé que para algunos de ustedes es difícil amar a mi hermano, estoy seguro; así nos pasa con todos. Pero hay una recompensa si nosotros nos esforzamos por amar, pero con amor no fingido; no con amor del diente al labio: con amor no fingido.

Le voy a pedir a los hermanos que sirvan la cena y nos vamos a preparar. Y mientras ellos la sirven y usted la toma, yo quiero que usted medite en su corazón cómo ha tomado la Cena del Señor anteriormente y cómo la quiere tomar el día de hoy. El hermano Luisito Archila tiene el pan sin gluten para los hermanos que lo necesitan; si se quieren poner en pie y lo pueden venir a tomar, por favor. Gracias.

Y si usted ya tomó los elementos, yo lo voy a invitar para que oremos y nos escudriñemos. Aprovechemos este tiempo; si ya le sirvieron los elementos, tómese un tiempo para orar. Tomemos este tiempo con reverencia. «Examinémonos», dijo Pablo. Yo los invito, hermanos, a que nos examinemos el día de hoy. Empecemos a orar, hermanos; si usted ya tiene los elementos, empecemos a orar:

Señor Jesús, te damos gracias en esta mañana. Gracias, Señor, por la meditación de tu Palabra. Gracias, Señor Jesús, por la exhortación que hoy nos estás dando, porque Tú nos estás dando el privilegio de tomar la cena, tu cena, Señor, y nos estás dando el privilegio de recordarte. Para eso es la cena: para recordarte a Ti, para recordar tu amor y también para anunciar tu muerte, tu resurrección y tu pronta venida. Gracias, Jesús. Gracias, Jesús. Gracias, Jesús.

Pero ahora, Señor, te pedimos que nos ayudes a examinarnos si nosotros estamos tomando la Cena del Señor de manera indigna, si nosotros estamos tomando la Cena del Señor con divisiones, sin esperar a los demás, Señor; si estamos tomando la Cena del Señor con motivos egoístas. Ayúdanos, Señor, por favor, Jesús, te lo suplicamos; ayúdanos, Señor.

Sigan orando, hermanos; que el Espíritu Santo los escudriñe mientras ustedes oran. Yo les voy a leer unas citas bíblicas y cuando terminemos entonces vamos a orar. Gracias, Jesús. Gracias, Jesús.

En Mateo 5:43-44 dice: «Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen». Señor, ayúdanos a amar aun a las personas que nos consideran sus enemigos, Señor.

En Juan 13:34-35 dice: «Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros». Señor, ayúdanos a que la gente que no te conoce sepa que somos discípulos tuyos por el amor que nos tenemos, Señor; que ellos no estén oyendo de divisiones o de pleitos, todo lo contrario: que ellos puedan ver el amor, la unidad que tiene el cuerpo de Cristo.

En Gálatas 5:14-15 dice: «Porque toda la ley en esta sola palabra se cumple: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Pero si os mordéis y os coméis unos a otros, mirad que también no os consumáis unos a otros». Señor, perdónanos por todas las veces que nos hemos consumido y que nos hemos comido unos a otros con el chisme, con la murmuración, con la calumnia. Señor, todos somos culpables de este pecado de alguna manera; hoy te pedimos perdón de corazón, Señor, y te suplicamos que nos limpies de este mal sentimiento que está dentro de nosotros. Saca, Señor Jesús, todos esos sentimientos que son contrarios a tu naturaleza.

En Santiago 2:8-9 dice: «Si en verdad cumplís la ley real, conforme a la Escritura: Amarás a tu prójimo como a ti mismo, bien hacéis; pero si hacéis acepción de personas, cometéis pecado, y quedáis convictos por la ley como transgresores». Señor, también te pedimos perdón en esta mañana si hemos hecho acepción de personas, si hemos escogido a unos y hemos menospreciado a otros, si hemos aceptado a unos y hemos rechazado a otros. Hoy te pedimos perdón, Señor, y ayúdanos a no volver a cometer estos pecados, Señor, porque van

en contra de tu cuerpo, Señor; y es imposible que amemos a la cabeza si no amamos al cuerpo de Cristo. Perdónanos, Señor Jesús.

Y 1 Juan 4:20 dice: «Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto? Y nosotros tenemos este mandamiento de él: El que ama a Dios, ame también a su hermano». Y Señor, esa es nuestra oración el día de hoy: que nos ayudes a amar a nuestro prójimo así como nos amamos nosotros; danos ese amor no fingido, ese amor genuino, el amor real.

Señor, ayúdanos el día de hoy, Padre, para que nosotros podamos tomar tu cena de manera digna. Padre, en el nombre de Jesús te lo pedimos, Señor; santificado sea tu nombre. Bendito seas por siempre, Señor Jesús. Gracias por escudriñarnos, gracias por recordarnos todas las veces que hemos fallado. Hoy clamamos tu preciosa sangre por todas las faltas que hemos cometido contra tu cuerpo, contra esta congregación, contra nuestros hermanos. Perdónanos, Señor; perdónanos, Señor; perdónanos, Señor, de todo corazón te lo pedimos. Desarraiga toda raíz de amargura, de odio, de resentimiento, Señor, y en su lugar siembra, Señor Jesús, tu amor. Padre, que podamos amarnos así como Tú nos has amado, que podamos amarnos y estar dispuestos aun a dar nuestra vida por nuestros hermanos, como dice tu Palabra, Señor: que el amor todo lo sufre, todo lo espera, todo lo soporta. Danos esa clase de amor en este día para que podamos tomar tu cena, Señor, de manera digna. Bendito seas por siempre, Señor Jesús.

Y ahora les voy a pedir, hermanos, que nos pongamos en pie. Vamos a orar. Alcemos por favor el pan y le vamos a pedir al Señor que lo bendiga con su nombre, que lo unja de una manera especial y al momento de tomarlo que este pan nos fortalezca:

Señor Jesús, te damos gracias por tu cuerpo que fue partido por nosotros. Te damos gracias por tu cuerpo puesto en la cruz del Calvario. Hoy recordamos tu sacrificio, Señor; recordamos que Tú llevaste los clavos en tus manos, los clavos en tus pies; que Tú llevaste, Señor, la corona de espinas en tu cabeza, el látigo en tu espalda y la lanza en tu costado. Te damos gracias porque Tú llevaste el dolor que nosotros merecíamos. Bendito seas por siempre; y aun, Señor, te damos gracias porque tu Palabra dice que Tú llevaste nuestras dolencias y enfermedades en la cruz del Calvario y que por tu llaga nosotros somos curados.

El día de hoy, Señor, por fe estamos tomando de este pan que representa tu cuerpo, y te pedimos, Señor, que Tú unjas este pan con tu precioso nombre Jesús. Toca este pan con tu nombre, tócalo con el poder de tu Santo Espíritu, Señor, y tócalo con el poder de tu sangre preciosa, omnipresente. Unge este pan, Señor Jesús, que al momento de comerlo tu pan nos fortalezca por dentro, Señor, para continuar caminando, para que podamos avanzar y entrar a la tierra que fluye leche y miel. Señor, que este pan nos pueda traer sanidad no solo a nuestro cuerpo, sino a nuestra alma y también a nuestro espíritu.

Unge este pan de tal manera, Señor Jesús, que nos des a comer el día de hoy de tu cabeza, de tus pensamientos, Señor; unge este pan para que podamos comer de tus entrañas, Señor Jesús, de tu amor puro y divino, Señor; y danos a comer de tus piernas, como el animal que se ponía en el Antiguo Testamento: que este pan fortalezca nuestros pies físicos y espirituales para continuar caminando. Señor, en el nombre de Jesús te lo pedimos; unge este pan, Señor, en tu nombre Jesús. Amén.

Podemos comer el pan, hermanos.

Y ahora los invito a tomar la copa. Alcemos la copa, hermanos, y vamos a orar de manera semejante:

Señor Jesús, te damos gracias por tu preciosa sangre. Tu Palabra dice, Señor, que la vida está en la sangre, y Tú derramaste tu preciosa sangre hasta la última gota por nosotros, Señor. Gracias porque no te rehusaste a ir a la cruz; no escatimaste ningún sacrificio, Señor, para podernos salvar. En el Getsemaní estabas sudando grandes gotas de sangre; Señor, tu cuerpo físico ya no lo resistía, pero todavía oraste diciendo: «Padre, si es posible, pase de mí esta copa»; todavía dijiste: «Señor, no me dejes morir aquí en el Getsemaní; si muero en este lugar, no puedo salvar a la humanidad. Ayúdame a llegar a la cruz, ayúdame a derramar mi sangre en la cruz». Señor, gracias porque todavía en Getsemaní luchaste para poder llegar a la cruz y llevar el dolor.

Señor, damos gracias en esta tarde por tu preciosa sangre, Señor, que nos limpia de todo pecado. Señor, alzamos esta copa con fe, orando que Tú la toques con tu preciosa sangre, tu sangre omnipresente que nos limpia de todo pecado. Tu sangre no es como la sangre de los animales del Antiguo Testamento, Señor, porque esa sangre cubría el pecado por un poco de tiempo; tu preciosa sangre nos cubre para siempre, Señor, para siempre, Señor. Tu sangre puede deshacerse de todo lo malo que está en nuestro ser.

Señor, unge esta sangre con tu preciosa sangre omnipresente, Señor; que tu sangre venga, Señor, a este jugo de uvas. Tócalo con tu sangre, tócalo con tu nombre, tócalo con el poder de tu Santo Espíritu; y al momento de tomar este jugo, que tu sangre nos limpie por dentro: límpianos de nuestros malos sentimientos, de nuestros malos afectos, de nuestros malos pensamientos; límpianos de todo pecado de hecho, de palabra, de pensamiento, de omisión. Límpianos de todos los pecados y las imperfecciones que hay en nosotros; límpianos de las iniquidades, de las transgresiones y de las ofensas. Señor, límpianos con tu preciosa sangre. Bendito seas por siempre, Señor Jesús.

Podemos beber el jugo.

Gracias, Jesús. Gracias, Jesús. Podemos darle gracias al Señor. Gracias, Señor. Damos gracias, damos gracias, damos gracias, damos gracias, damos gracias, damos gracias por tu cuerpo. Damos gracias por tu sangre. Damos gracias, damos gracias, damos gracias, damos gracias. Gracias, Señor. Gracias, Señor. Gracias, Señor.

Anunciamos tu muerte, anunciamos tu resurrección, anunciamos tu pronta venida. ¡Ven, Señor Jesús! ¡Ven, Señor Jesús! ¡Ven, Señor Jesús! ¡Ven, Señor Jesús! ¡Ven, Señor Jesús! ¡Ven, Señor Jesús! ¡Ven, Señor Jesús!

Le voy a pedir a los hermanos servidores que recojan las copitas y vamos a orar. Hermanos, vamos a orar unos por otros. Pronto vamos a tener una convención; yo le voy a pedir que salga de su lugar, por favor. Ore, pero no por su vecino, ni por su familia, ni por el que tiene en la fila: esfuércese un poquito, vaya a orar con alguien con el que nunca ha orado, por favor. Eso es tener hermandad, ese es el amor fraternal. Movámonos un poquito, salgamos de nuestra zona de confort; vamos a orar y vamos a cantar: «Hermanos, cuán hermoso es habitar los hermanos juntos en armonía». Así es que por favor salga de su lugar, busque a alguien con el que nunca ha orado. Gracias por las personas que ya se están moviendo; vaya a orar por alguien por el que nunca ha orado y ore con todo su corazón. Eso es el amor, eso es darnos a los demás, hermanos; salgamos de nuestro lugar y vamos a orar y vamos a bendecir a las personas que tenemos, hermanos. Oremos, hermanos, oremos con todo el corazón, oremos:

Señor Jesús, te doy gracias —dígame—: te doy gracias por la vida de mi hermano, te doy gracias por la vida de mi hermana. Señor, te doy gracias, Señor, gracias porque lo has traído a este lugar; gracias porque mi hermano, mi hermana es parte del cuerpo de Cristo. Gracias, Señor Jesús, porque me tienes acompañado de personas con las que estamos caminando este camino, Señor, y que juntos vamos, Señor, a llegar a la meta espiritual.

Oramos que toques a mi hermano, Señor, que lo toques con el poder de tu Santo Espíritu. Señor, que tu Santo Espíritu descienda; cumple tus planes eternos sobre la vida de mi hermano, la vida de mi hermana, Señor. Úngelo de tal manera que mi hermano pueda crecer espiritualmente; cumple tus propósitos eternos, Señor. Padre, oramos que suplas toda necesidad que haya en la vida de mi hermano: necesidad natural, emocional o espiritual, Señor.

Ore con todo su corazón por su hermano: es parte del cuerpo de Cristo, es un miembro del cuerpo del Señor, es parte del pan.

Oh, Señor, oramos por esta congregación: danos un manto de amor, Señor. Que tu amor descienda sobre nosotros en esta hora. Señor, quita toda división que haya, quita toda división de parte del diablo. Señor Jesús, saca el egoísmo, Señor, en el nombre de Jesús te lo pedimos, Padre; Señor, que descienda una unción de amor.

Oramos por nuestros pastores, Señor, Carlos y Susy: bendícelos a ellos. Bendice a todos los pastores asistentes y a sus esposas; bendice a todos los servidores y a sus esposas; bendice a toda la congregación; bendice a los músicos; bendice al ministerio de alabanza; bendice al ministerio de la escuela de niños; bendice al ministerio de la Escuela Bíblica; bendice a todas las personas que trabajan en esta congregación. Señor, oramos, Señor, que descienda un

manto de amor; un manto de unidad, un manto de humildad, Señor, sobre tu casa, Señor. Somos tu cuerpo, Jesús.

Gracias, Jesús. Gracias, Jesús. Gracias, Jesús. Tócanos con tu amor eterno, tócanos con tu amor infinito, Señor. Que descienda tu amor sobre nosotros, Señor. Tócanos, tócanos, tócanos con tu nombre, tu nombre de amor, tu sangre de amor, tu Santo Espíritu de amor; tócanos y quita todo lo que nos impida tener comunión unos con otros, Señor.

Estimado lector, si esta prédica fue de bendición para usted, no dude en compartirla y encontrar más prédicas maravillosas en el siguiente código QR. ¡Qué Jesucristo nuestro Señor le bendiga!



IGLES RISTO
Vida Cristiana
GUATEMALA